NOTICIAS METEOROLOGICAS

Desde el día 11 de diciembre del año último se comenzó a observar el disco del sol desnudo de irradiación y de aquella fuerza de luz que impide mirarlo con tranquilidad y sin dolor. El color de fuego que le es natural se ha cambiado en el de plata, hasta el punto de equivocarlo muchos con la luna. Este fenómeno es muy notable al nacer, y principalmente al ponerse este astro. Cuando corre la mitad del cielo, su luz es más viva y no permite mirársele a ojo desnudo. En las cercanías del horizonte se le ha visto teñido de un color de rosa muy ligero, de un verde muy claro o de un azulado gris que se acerca al del acero. Se ha sentido generalmente por las mañanas un frío pungente y muy superior al que exigen la altura y posición geográfica de esta capital. Muchos días ha amanecido el campo cubierto de hielo, y todos hemos visto quemados los árboles y demás vegetales que por su organización son demasiado sensibles a este meteoro. Toda la bóveda del cielo se ha visto cubierta de una nube muy ligera, igualmente extendida y transparente. El azul del cielo ha tocado en los primeros grados del cianómetro, y algunos días se ha visto de un verdadero blanco. Han faltado las coronas enfáticas que se observan con tanta frecuencia alrededor del sol y de la luna cuando existen aquellas nubes que los meteorologistas conocen con el nombre de velo. Las estrellas de primera, de segunda y aun de tercera magnitud se han visto algo obscurecidas, y absolutamente han desaparecido las de cuarta y quinta, a la simple vista del observador. Este velo ha sido constante tanto de día como de noche, el tiempo ha sido seco y han reinado los vientos del Sur por intervalos, sucediéndoles calmas muy considerables.

Este fenómeno se ha observado en Pasto, en Popayán, en Neiva, en Santa Marta, en Tunja y seguramente en toda la extensión del Virreinato. Nada tendría de extraño a los ojos del físico que se observase igualmente en todos los países situados dentro de los trópicos.

Algunos han creído que este fenómeno es único, extraordinario y casi fuera de las leyes comunes de la naturaleza, y el vulgo sencillo lo ha tomado como indicio seguro de grandes calamidades. ¡Cuántos me han consultado y a cuántos he tenido que serenar! La tranquilidad de todos sobre un objeto que nada tiene de extraordinario, y que en todas sus partes está conforme con los principios más sanos de la verdadera física, me han obligado a llenar dos páginas de nuestro *Semanario*, diciendo que todo el misterio consiste en una nube extendida igualmente en la región superior de nuestra atmósfera, en algunos vapores del horizonte y en las refracciones que sufre la luz al entrar en la masa del aire. De aquí el sol lánguido y de color de plata; de aquí el rojo, el azul, el verde; de aquí el frío, los hielos y todo lo que constituye el fenómeno que ha alarmado a los espíritus débiles. Mil veces he observado la misma disposición en el cielo, y mil veces he tenido que desnudar los anteojos de los cuartos de círculo y el telescopio mismo de los vidrios opacos o de color que templan la vivacidad de la luz, para poder observar el disco del sol con claridad. Por otra parte, la historia nos conserva la memoria de semejantes meteoros. En el reinado de Felipe IV, en todo el año de 1673, el sol se vio en Colonia, en Ulma, en Heidelberg y en toda la Europa obscurecido y de color de ceniza. Los astrólogos de aquella edad, es decir, los profetas fanáticos de la suerte del género humano, anunciaron grandes cosas; el vulgo y los ignorantes temieron; los años pasaron; las cosas naturales y políticas se mantuvieron en el estado que exigían las circunstancias; el tiempo desengañó a los preocupados y manifestó que la obscuridad del sol no era otra cosa que un meteoro que no tenía más de extraordinario que el ser raro. ¿Por qué pues hemos de temer? ¿Por qué nos hemos de afligir por unas apariencias producidas por vapores, por ilusiones de nuestros sentidos, por inflexiones de la luz y por otras mil circunstancias que se combinan, que varían, que suceden y desaparecen como el humo, sin que jamás hayan tenido funestas consecuencias?

NOTA

La historia de la física está llena de fenómenos extraordinarios y que al primer aspecto llevan consigo todos los caracteres de asombrosos y casi sobrenaturales; pero sujetos al examen detenido y profundo del verdadero físico, no son otra cosa que fenómenos regulares y de causas conocidas. La aurora boreal, ese océano de fuego nadando sobre nuestras cabezas, barras, plumas, ziszás,

fuentes, ejércitos y todos los fantasmas que puede suministrar la imaginación más viva, ¿no tienen más de grande y de raro que una nube transparente que le quita sus resplandores al sol? Las nubes especulares, las lluvias de sangre, de piedra, los parhelios y las paraselenas en quienes parece se ha obrado una nueva creación de los cuerpos más brillantes del universo, las coronas enfáticas, el ojo del buey que llena de espanto y de terror a los hotentotes, el flujo y reflujo terrible de las embocaduras del Amazonas, la bomba marina, los vórtices, etc., ¿no son más terribles, más extraordinarios, más seductores que el fenómeno que ha dos meses observamos? A proporción que hacen progresos nuestros conocimientos, al paso que la física y las otras ciencias dilatan sus límites, y a proporción que los pueblos se ilustran, desaparece lo maravilloso, y las apariencias que antes los llenaban de terror y de miedo, vienen a serles familiares y comunes. Abramos los anales de la historia: en cada página leeremos que unos pueblos hacían penitencias extraordinarias y crueles, que otros se sumergían en el agua, que aquellos lloraban, que estos temían la ruina del astro del día, cuando su disco se ocultaba por el cuerpo opaco de la luna. Los griegos mismos, este pueblo sabio y original, no estuvieron exentos de este temor pueril. Sabemos que el gran Pericles habría perdido una batalla naval si no hubiera explicado al piloto de su nave la causa natural y sencilla de la obscuridad del sol. Gracias a los astrónomos, el género humano ha sacudido esta preocupación y este temor. Cuando estemos tan ilustrados sobre los demás fenómenos como lo estamos sobre los eclipses, entonces miraremos las opacidades del sol y la pérdida de sus rayos con la misma tranquilidad que vemos el iris después de una tormenta.

* * *

Las exhortaciones que hicimos en el número 7 de nuestro *Semanario* (año 1808) sobre la importancia de las observaciones meteorológicas, y en especial sobre la *cantidad de lluvia,* han fructificado. En Cartagena, en el valle de Cali y en Popayán se han hecho ya con vasos construídos conforme a los principios que propusimos en el referido número. Los jóvenes ilustrados y patriotas que se han consagrado a estos trabajos merecen nuestro reconocimiento y nuestros elogios. Estos son don Manuel Rodríguez Torices, al nivel del mar, en Cartagena; don Antonio Arboleda y don Santiago Pérez Valencia, en Popayán, a 2,083 varas sobre el Océano, y don Mariano del Campo Larrahondo, en el sitio de *Alegría,* que es el principio del valle de Cali, a 1,137 varas sobre el mar. Estos

jóvenes físicos nos han remitido los pormenores de sus observaciones, que mantenemos originales, de donde hemos tomado los resultados que vamos a presentar al público. Estas observaciones abrazan diferentes períodos, y solo hay comunes desde Agosto hasta Diciembre de 1808. Estas son las importantes y las que nos dan conocimientos relativos de este meteoro sobre los Andes. Incluyen un defecto que el tiempo puede corregir. Como el período no abraza sino cinco meses; como las estaciones de lluvia y serenidad son en diferentes tiempos en las costas y en lo interior del Continente, necesitamos de una revolución solar, es decir, de un año, para poder sacar algunas consecuencias. Esperamos que el celo de los señores Torices, Arboleda, Pérez y Campo continúe con estos trabajos meteorológicos en todo este año. Cuando hayamos recibido sus resultados los publicaremos con las reflexiones convenientes.

Observaciones de la cantidad de lluvia hechas en Cartagena de Indias, por don Manuel Rodríguez Torices.

		Líneas del pie de Rey
1808.	Agosto	54,300
	Septiembre	210,675
	Octubre	157,600
	Noviembre	257,225
	Diciembre	3,875
	Suma	683,675

Observaciones de la cantidad de lluvia hechas en "Alegría", principio del valle de Cali, por don Mariano del Campo y Larrahondo.

		Líneas del pie de Rey
1808.	Agosto	20,110
	Septiembre	75,941
	Octubre	243,909
	Noviembre	311,629
	Diciembre	181,885
	Suma	833,474

Observaciones de la cantidad de lluvia hechas en Popayán por don Antonio Arboleda y don Santiago Pérez Valencia.

		Líneas del pie de Rey
1808.	Agosto	15,434
	Septiembre	48,367
	Octubre	165,169
	Noviembre	196,079
	Diciembre	102,706
	Suma	527,755

En este Observatorio, a 3,153 varas sobre el mar, cayeron en los mismos meses 230,606 líneas.

Sumas

Cartagena, al nivel del mar	683,675 líneas
Alegría, a 1,137 sobre el mar	833,474 líneas
Popayán, a 2,083 sobre el mar	527,755 líneas
Santafé, a 3,153 sobre el mar	230,606 líneas

De estas observaciones se deduce que la cantidad de lluvia *decrece en razón de la altura* en la Cordillera. Si en Cartagena no se ve la mayor suma, proviene de que las estaciones de lluvia y sequedad son en diferentes meses del año en las costas que en lo interior del Reino. Por eso deseamos un período completo o una revolución entera del sol, y si hemos de decir nuestro modo de pensar, se necesitan las observaciones de nueve años. La luna tiene un influjo poderoso sobre los meteoros, y en general sobre la constitución de nuestra atmósfera. Exhortamos de nuevo a nuestros jóvenes amigos de las ciencias y de su patria continúen estas observaciones y nos las comuniquen para utilidad común. Las consecuencias importantes a la agricultura, a la medicina y a la física, deben reanimarlos a sostener este género de observaciones con constancia. El reconocimiento público y la gloria de ser los primeros que han sujetado a examen los meteoros de su patria, será su recompensa.